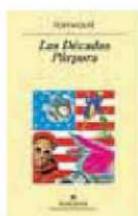


JUAN FRANCISCO FERRÉ

REVOLUCIÓN CULTURAL



'LAS DÉCADAS PÚRPURA'

Autor: Tom Wolfe.
Editorial: Anagrama.
Nº. páginas: 511.
Precio: 23,90 euros.



Tom Wolfe, fallecido hace ahora un año, tuvo la enorme originalidad de poner en cuestión las bases del periodismo a partir de los desafíos que la vida y la cultura de su tiempo le planteaban. A partir de esa experiencia de choque cognitivo con realidades y componentes culturales para las que no estaba preparado sometió la prosa periodística convencional a una revolución de tanto alcance y resolución como en esa misma época otros escritores realizaron en la forma o el lenguaje literario.

Hubo un tiempo en que las mejores historias no ocurrían en las páginas de las novelas sino en la realidad cotidiana. En la realidad de Nueva York, Londres o California, pero también en otros territorios norteamericanos menos prestigiosos. Hubo un tiempo en que las mejores historias las contaban cronistas que viajaban a los lugares donde pasaban las cosas, las observaban con lente escéptica y crédula, interrogaban a los creadores de una nueva cultura, los protagonistas y los testigos de los portentos y fenómenos que estaban cambiando el paisaje y las jerarquías de la cultura. Esto se

llamó en su momento 'Nuevo Periodismo' y una de sus grandezas fue convencer a los lectores de que el mundo era tan formidable como ellos decían: vitalista y dinámico, exultante y caótico, excitante y espectacular.

Esta era la fuerza formidable del más creativo de esos cronistas, Tom Wolfe, quien sedujo a todos con sus festivas crónicas del desmadre en curso y vendió la convicción de que allí donde estaba él sucedían hechos extraordinarios y acontecimientos increíbles. Esa fue la clave de su éxito. La revolución del arte de nombrar las cosas surgió de la necesidad de ser fiel a la barroca realidad que se le presentaba ante los ojos. Esta realidad versátil servía como es-

Hubo un tiempo en que las mejores historias no ocurrían en las páginas de las novelas sino en la realidad cotidiana

tímulo sensorial o pretexto intelectual para desencadenar el ingenio verbal que confería trascendencia al ruido y la furia bulliciosa de la vida y perennidad al anecdótico y el cotilleo desenfadado.

Hoy sabemos que lo inaudito y excepcional de esa realidad descrita provenía, en gran medida, de los efectos especiales de la prosa extravagante y el estilo inimitable de Wolfe. El fastuoso mundo que Wolfe plasmó durante los años sesenta y setenta, era del esplendor y éxtasis de la cultura americana, podría suscitar la envidia de cualquier novelista persuadido de que el negocio de la ficción pasa por la creación de un mundo convincente y contundente. Esto Wolfe lo poseía sin necesidad de recurrir a otros artificios que los de su exuberante escritura para dar cuenta de un mundo en movimiento y transformación permanente.

Por otra parte, sus retratos de personajes sobresalientes de aquellas décadas gloriosas se situarían entre el toque pop de Andy Warhol y la pincelada mundana de Alex Katz, entre la inmortalización glamorosa del icono de moda y la estilización cromática de su fisonomía anímica. Pero aún faltaría el ingrediente esencial. La ironía corrosiva, el humor circense, la agudeza mental y la cómica exageración con que la voz wolfiana atrapa la verdad vital de sus retratados y los encuadra, sin perder nunca de vista el detalle escandaloso, en un marco social y cultural mucho más vasto y significativo.

Esta dimensión convierte la lectura actual de estos prodigiosos textos en una impensada danza de la muerte de la segunda mitad del siglo XX. Un réquiem metafísico por los que ya no están, cuya influencia se desvanece con el paso inexorable del tiempo. Qué fue de estos grandes personajes, es la pregunta inconsciente que remata muchas de estas crónicas imperecederas de un tiempo extinto, como su autor.